

Una biblioteca con capa roja

Luis Bernardo Yepes Osorio

La biblioteca de Caperucita Roja, de la que soy propietario en El Retiro, un municipio ubicado a treinta y seis kilómetros de la ciudad de Medellín, se inicia con dos libros.

En la década de los noventa no supe que estaba gestando una biblioteca especializada. Yo iba por los barrios de las distintas comunas de la ciudad mostrando obras infantiles y juveniles que habían trascendido en el tiempo. Mi intención era que los docentes disfrutaran con sus alumnos narraciones originales de Charles Perrault, los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen y otros autores clásicos y contemporáneos. En esa búsqueda me sorprendió una Caperucita Roja en la cual ella desaparecía para siempre en el vientre del lobo, junto con su abuela. El autor, Perrault —un francés que solía justificar las guerras expansionistas de su jefe el Rey Sol, pero desconfiaba de los combates de cama que él, Luis XIV, organizaba en el Palacio de Versalles—, al final de su relato nos despacha con una moraleja en verso donde advierte que: “las niñas bien hechas y bonitas hacen mal en oír a ciertos lobos, generalmente con un carácter dulce, afable y complaciente, que sin ruido, ni hiel, ni irritación, persiguen a las jóvenes doncellas llegando tras ellas hasta su habitación...”. Mi sorpresa se apaciguó cuando encontré una versión en la cual no solo aparece un cazador que rescata a nieta y abuela, sino que, días después, ante la misma circunstancia, ellas engañan a un nuevo lobo y consiguen que muera despellejado en una artesa con agua hirviendo. Los autores que salvan a la niña y a la abuela y les dan heroísmo, dos filólogos y bibliotecarios alemanes, tenían otro propósito: dar a conocer la lengua en su forma más coloquial. Sus nombres: Jacob y Wilhelm Grimm.

Leer y conversar inspirados en estas dos versiones, hizo que algunos de mis fugaces alumnos rememoraran otras Caperucitas que por esos días les habían llegado a sus vidas, tal como una versión de *Caperucita Eléctrica* de Janosch, autor alemán nacido en una población ahora polaca, Hindenburg de la Alta Silesia. Una contada al revés por el hijo de una profesora y traída a mí de regalo en un casete del que, en el momento mágico de poner a rodar en casa en mi grabadora Sanyo, emergió una tierna voz infantil narrando el cuento *Tacirupeca Jaro*. En otro casete, años después, en una población de España llamada Peñaranda de Bracamonte, un bibliotecario me regalaría la única versión pornográfica que tengo en una cinta; es de origen cubano. Por los días en los que recibí la *Tacirupeca Jaro*, una amiga viajó a España y en la Feria del libro de Madrid encontró, en una hoja suelta de color verde e impresa por ambos lados, una versión donde el lobo narra, en primera persona y desde su punto de vista, cómo sucedieron los hechos a partir del instante en el que una niña vestida con una extraña caperuza roja atravesó “su” bosque. También en esa época descubrí en la biblioteca pública de Comfenalco, Antioquia, una versión de una Caperucita donde se veía en la carátula a la niña montada en una bicicleta, rauda espantando animalillos del bosque: es la revisión que de la niña de rojo hace el escritor inglés Tony Ross.

Viajé luego a Ciudad de México y en la librería *Gandhi* de la avenida Miguel Ángel de Quevedo encontré en soporte VHS (Video Home System), tres películas: *La Caperucita Roja*; *Caperucita y sus tres amigos*; y *Caperucita Roja y Pulgarcito contra los monstruos*, de un director mexicano llamado Roberto Rodríguez, famoso por haber inventado, junto con su hermano, el primer

aparato de grabación óptica en Estados Unidos, al cual se le denominó Rodríguez Sound Recording System. Y para ponerle una cereza al postre, cuando llegué del viaje, mi novia tenía para esa incipiente biblioteca una muñeca hecha por unas señoras de la comuna nororiental de la ciudad, las mismas que se encargaban de crear y producir los llamados alumbrados de diciembre. La muñeca son los tres personajes en uno: en una posición es una niña peinada con trenza rubia y vestida con falda de algodón y capa roja con caperuza. Al ponerla de cabeza y girarle la falda, la muñeca de repente se convierte en el lobo feroz vestido con el camisón y el gorro de la abuela. Y si queremos ver a la abuela, es necesario cubrir con el gorro el hocico del lobo y darle vuelta, entonces surge la anciana sonriente con gafas y pelo gris. Lo maravilloso es que esta misma muñeca, adoptando rasgos de otras culturas sigue llegando a la biblioteca: hay mexicana, española, húngara, francesa y croata, las acompaña un libro de Catherine Orenstein titulado *Caperucita al desnudo* donde la autora describe una muñeca similar con la que jugaba en su infancia en Estados Unidos, por allá en los años setenta.

Se entiende que había nacido una biblioteca especializada con diversos soportes y matices, solo requería de unos anaqueles exclusivos, pues libros, objetos y videos compartían espacio con los libros de cada día: los de Onetti, Gabo, Vargas Llosa, Cohen, Gelman, Canetti, Cortázar, Steinbeck, Nietzsche, Vargas Vila, Galeano, Dahl, Nöstlinger, Gripe, los nadaístas, la poesía zen, los surrealistas, la *Iliada*, esos y otro puñado de autores y títulos que fueron apareciendo en mi vida con el propósito de sacarme de la penumbra y guardarme del horror.

En el año 2012, finalmente, construimos, mi pareja y yo, un salón exclusivo y allí creamos la biblioteca con capa roja, para deleite propio, de conocidos, y de extraños enterados de su existencia. Extraños que después de la primera visita dejan de serlo y, la mayoría, se convierten



Paul y Jean de Limburgo, Noviembre de Las muy ricas horas del Duque de Berry, h. 1410, 22,5 x 13,6 cm, Museo Condé de Chantilly, Francia.

en reincidentes visitantes que arrastran nuevas compañías y potenciales donantes con el reto personal de ofrecer un libro singular o un artilugio original. Esta es una biblioteca que, en lugar de prestar libros para llevar, ofrece una conversación colmada de anécdotas relacionadas con la llegada de cada libro, objeto o pintura. Por ejemplo, el primer cuadro surgió a cambio de una conferencia sobre el origen y la trascendencia de Caperucita Roja. Esa fue la original manera que encontraron los amigos de la Casa de la Cultura del municipio de Rio-negro, Antioquia, para agradecer mi esfuerzo: honrarme con una Caperucita Roja en pastel del artista José Javier Toro.

Por tanto, en la actualidad, la biblioteca está compuesta de una colección literaria de versiones originales, de revisiones inspiradas en las de Perrault y en la de los hermanos Grimm, en papel y en soporte digital, y en varios idiomas: árabe, polaco, griego, holandés, noruego, turco, italiano, húngaro, finlandés, ruso, ma-



(C) WlakovArt.com

Thomas Le Myésier, miniatura del *Breviculum ex artibus* de Ramon Llull, siglos XIII-XIV.

cedonio, farsi, serbio, alemán, coreano, checo, portugués, francés, lituano, letón, inglés, vietnamita y japonés. De China, en mandarín y en uyghur. De la comunidad ibérica, además de versiones en español, por supuesto, hay unos cuentos en catalán, euskera y gallego. Una colección de libros en miniatura, incluyendo uno en plata que mide un centímetro. Fotocopias con relatos y estudios llegados al azar. También cartas y notas provenientes de personas de algunas ciudades del mundo. Recortes de prensa y publicidad. Pinturas y afiches de distinto tipo, tamaño y orígenes, algunos elaborados con la técnica de ingeniería de papel. Libros autografiados por sus autores. Ensayos de especialistas. Revistas con artículos y reseñas. Películas —incluso una versión de Walt Disney cuando el animador tenía veinte años, y una porno en

la cual Caperucita Roja tiene sexo con Nacho Vidal un actor español famoso por el tamaño de su miembro—. Canciones de cantautores como Ismael Serrano, Pedro Guerra y Amancio Prada. Videoclips y programas de televisión donde se encuentra una versión chilena y otra catalana de Caperucita Roja contada al revés. Juegos de mesa y rompecabezas. También se puede apreciar un acervo constituido por libros *pop-up* o animados, libros troquelados, libros en tercera dimensión, libros en acordeón, libros en tela, y *flip books* o folioscopios.

Entre los ejemplares únicos hay uno elaborado en punto de cruz por la periodista Katharina Haller, otro pintado a mano por la artista Ana Bellido, uno en braille traído de Brasil, y otro elaborado con la técnica de *patchwork* del que solo editó diez ejemplares *Perro Pica-do Studio* en Ecuador. Estos libros comparten espacio con las aproximadamente quinientas versiones que habitan los anaqueles, muchos de ellos exhibidos y alternándose con los que esperan de lomo su turno para ser expuestos.

Sé de amigas y amigos apasionados por Alicia, Pinocho, y *El principito*, colegas que siguen la estela de esta biblioteca que quieren emular y superar. Ojalá lo consigan. Por mi parte, en este lugar me sumerjo y me olvido de los horrores del mundo; pero es verdad que tiene sentido si está al servicio de la gente, de los otros, para que también puedan olvidar, por horas, sus propios horrores.

Luis Bernardo Yepes Osorio. Bibliotecólogo de la Universidad de Antioquia, con posgrados en gestión pública en Colombia y en documentación en España. Escritor y activista de la lectura. Es autor de los libros: *No soy un gánster, soy un promotor de lectura*; *Consideraciones políticas en torno a la biblioteca pública y la lectura* y *La promoción de la lectura en tiempos aciagos*. En literatura juvenil e infantil ha publicado *Caperucita Roja y el profesor lobo*, *La señora Estrellas* y *Letras* y *El hombre del paraguas*.